

Retos y problemas de los movimientos antiglobalización

Carlos Taibo

La identificación de los principales retos --si así se quiere, de los principales problemas-- que los movimientos antiglobalización deben encarar es el propósito de este texto.¹ Al respecto examinaremos las ventajas, y los tributos, de contracumbres y foros, sopesaremos las diferentes visiones que suscita la discusión relativa a cuáles deben ser los referentes políticos de los movimientos, analizaremos las relaciones de éstos con partidos, sindicatos y organizaciones no gubernamentales, formularemos algunas apreciaciones en lo que respecta a lo que llamaremos *derecha antiglobalización*, nos referiremos a las divisiones internas --a menudo absurdas-- que se revelan en las redes, acometeremos una discusión sobre el rigor programático de éstas, calibraremos en qué medida han obtenido o no resultados, consideraremos las disputas que las formas de organización interna han suscitado, estudiaremos los vínculos que los movimientos mantienen con los medios de comunicación y daremos cuenta de cómo el problema de la violencia se manifiesta en el debate cotidiano de éstos. Fácilmente podrá apreciarse que todos estos retos se reducen, en los hechos, a dos: cómo crecer organizativamente sin, al tiempo, burocratizarse y cómo propiciar el acuerdo sin por ello rebajar un ápice la pluralidad y la diferencia.

Contracumbres y foros

A menudo se ha dicho que Seattle fue el mayor acto de protesta registrado en EE.UU. desde Vietnam, que Melbourne fue la mayor contestación colectiva verificada en Australia en dos decenios y que Génova configuró la más masiva manifestación orquestada en Italia en treinta años. No puede ponerse en duda, en paralelo, que las contracumbres y los foros han sido catapulta principal de crecimiento de los movimientos, hasta el punto de que, sin unas y otros, éstos no existirían tal y como hoy los conocemos.

Ya hemos recordado, por lo demás, que mientras las contracumbres vieron la luz con el claro propósito de hacer frente, en la calle y en los medios de comunicación, a las cumbres oficiales de instancias tan connotadas como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o la Organización Mundial del Comercio, los foros --concebidos ante todo como lugares de discusión-- nacieron para colmar un vacío que se atribuía a las mentadas contracumbres: el relativo a una desmesurada vocación de protesta que parecía anular cualquier designio genuinamente propositivo. Éste es el momento de precisar, por otra parte, que en el seno de los movimientos se han hecho valer dos significados distintos de la palabra *foro*. Si el primero remite a la realidad a la que acabamos de

referirnos --una reunión convocada en un lugar preciso y que se prolonga durante unos pocos días--, el segundo se refiere a una estructura más asentada y con intención de permanecer en el tiempo, tal cual sucede con los foros sociales que se identifican, con presunta vocación de permanencia, con el nombre de un país o una localidad. Limitémonos ahora a certificar que este tipo de organizaciones presenta perfiles extremadamente dispares. Aunque es cierto que a menudo configuran un escenario apropiado para la acción de los grupos más moderados de cuantos operan en los movimientos, en modo alguno éste es un rasgo universal, de tal suerte que, en el sentido que ahora nos ocupa, la palabra *foro* no es ni un indicador de entreguismo ni un aval de radicalidad antiglobalizadora.

Obligado es reconocer que, al margen de su función dinamizadora de los movimientos, las contracumbres y los foros han exhibido virtudes nada despreciables. Han permitido, por lo pronto, y más los segundos que las primeras, que se acometiese una indispensable tarea de discusión teórica e intercambio de opiniones. Al respecto a menudo se ha señalado que las reuniones de Porto Alegre acogieron debates mucho más articulados que las que cobraron cuerpo en Seattle, a más de prestarle una mayor atención a los problemas del Tercer Mundo. Esto aparte, los cónclaves que nos ocupan han hecho posible el conocimiento entre redes muy alejadas entre sí, la gestación de un saludable sentimiento de comunidad y la planificación de campañas y agendas con cierta perspectiva temporal (recuérdese el caso, bien ilustrativo, de la contestación que mereció la agresión norteamericana contra Iraq en 2003). Por si todo lo anterior fuese poco, contracumbres y foros se han visto beneficiadas --habría que discutir, claro, si el verbo empleado es el adecuado-- de cierto eco mediático que en otras condiciones sería difícil de alcanzar.

Pero nuestro deber es llamar la atención, en paralelo, sobre los problemas, numerosos y no precisamente menores, que rodean a las reuniones objeto de nuestro interés. El primero, y con certeza el de mayor relieve, es la posibilidad de que contracumbres y foros acaben por sustituir a los movimientos. Los cónclaves que nos ocupan sólo tienen sentido, en otras palabras, si en el ámbito local existen, de antes, redes organizadas o, en su defecto, si sirven para facilitar la configuración y la consolidación de éstas. Hay que preguntarse, por ejemplo, qué huella dejó en nuestras ciudades y pueblos la nutrida presencia de jóvenes, en noviembre de 2003, en las sesiones parisinas del Foro Social Europeo. Y es que existe un grave riesgo de que las reuniones internacionales se conviertan en la tarea principal de unas redes que, de resultas, e inmersas en una vorágine de "folklorización, de gran *kermesse*",² y de turismo solidario, se desentenderían de sus cometidos cotidianos más inmediatos. Nunca se subrayará lo suficiente que el futuro de los movimientos no se decide en Porto Alegre, Mumbai, Génova o París, sino que depende, por encima de todo, del trabajo, casi siempre sórdido y poco vistoso, en los escenarios que nos son más próximos.

Se impone, en paralelo, que los movimientos tomen nota de que las contracumbres y los foros apenas nada tienen que ver con el fortalecimiento organizativo, con el trabajo desarrollado con vocación de futuro o con las campañas de

sensibilización. Un activista que se había dejado la piel en el aprestamiento de la contracumbre de Barcelona, en marzo de 2002, glosó con claridad los peligros derivados del desmesurado optimismo que suscitó la multitudinaria manifestación del día 16 de aquel mes: "A mi lo que me gustaría saber es dónde están esas 400.000 personas los 364 días restantes del año". Aunque podemos certificar, en otras palabras, que los movimientos disfrutaban de energía y de una notable capacidad de convocatoria, no ignoramos que carecen, en cambio, en la mayoría de los lugares, de canales para transmitir esa energía de tal suerte que ilumine barrios y pueblos. Digamos, por otra parte, que los foros, que en inicio vieron la luz para recuperar la discusión teórica y las propuestas, bien han podido servir de cauce para el pecado contrario: marginar la acción en provecho del estrellato mediático de santones autoproclamados. A los ojos de muchos, los foros configuran un mecanismo perverso de gestación de líderes, toda vez que a menudo para asistir a ellos --o al menos para hacerlo en lugar prominente-- ha debido verificarse con anterioridad una selección que nada tiene de natural: de ella se benefician *liberados* y gentes que pueden pagarse --o que tienen quien les pague-- viajes eventualmente costosos. Es evidente que la representación de los marginados y excluidos resulta menor en este tipo de reuniones, que en tal sentido reproducen un esquema general propio de los sistemas que padecemos.

En paralelo, contracumbres y foros han sido escenarios propicios para la acción de cúpulas organizadas. Ahí está, para demostrarlo, el desembarco espectacular de algunos de los segmentos más ilustrados de la socialdemocracia occidental en los foros de Porto Alegre y en el de Mumbai. Semejante desembarco es cualquier cosa menos casual: no se olvide que las reuniones de Porto Alegre fueron auspiciadas por un Partido del Trabajo interesado en granjearse apoyos internacionales relevantes, con el concurso de fuerzas socialdemócratas europeas y de organizaciones como ATTAC. La presencia, y la influencia, de grupos de perfil más radical resultó ser, entre tanto, sensiblemente menor.

Tampoco han faltado los problemas en lo que atañe al desarrollo formal de las reuniones: así, los plenarios, que tan vistosos son para los medios, en la medida en que en ellos participan los santones intelectuales --comúnmente tras tramadas operaciones de manipulación y exclusiones--, tienen en cambio menor utilidad para los movimientos. En los foros no es sencillo que se registre, por lo demás, una genuina confrontación entre proyectos diferentes. De resultas, existe el riesgo de que las manipulaciones manifiestas en tantos cónclaves provoquen la huida hacia casa, y no la movilización, de muchas gentes. El balance al respecto no es precisamente halagüeño e invita a dudar del cariz democrático de muchas de las fórmulas empleadas, de tal suerte que no es en modo alguno evidente, como a menudo se ha señalado, que los foros --ante todo una manifestación de fuerza simbólica-- ofrezcan una oportunidad preciosa de despliegue de formas de participación y democracia.

Añadamos que las contracumbres, y en mayor medida los foros, han sido escenarios propicios, también, para eventuales discriminaciones geográficas detrás de las cuales han

despuntado subterráneos impulsos etnocéntricos. Los tres foros sociales mundiales de Porto Alegre privilegiaron, por lógica, la representación de movimientos latinoamericanos --y en cierto sentido europeos, si hacemos caso de la tesis que sugiere que América Latina se halla claramente colonizada, en el terreno político-cultural, desde Europa--; entre las redes latinoamericanas, y por añadidura, se registró una infrarrepresentación de las de cariz indígena, en provecho de aquellas que hacían de Porto Alegre un evento fundamentalmente blanco. El foro de Mumbai, a principios de 2004, permitió dar voz, entre tanto, a muchos movimientos asiáticos, ahora en detrimento, claro, de los latinoamericanos. Lo hizo sobre la base de la percepción, indiscutible, de que buena parte de las tensiones más severas que se revelan en el planeta de hoy tienen por escenario Asia, con el triple transfondo de los esfuerzos estadounidenses encaminados a controlar materias primas muy jugosas, del cerco norteamericano sobre China y de la crisis del modelo de los *dragones*. Aunque el relieve de esta discusión sobre representaciones geográficas es menor, no deja de merecer --parece-- alguna consideración.³

Por detrás de algunas de estas disputas despunta un hecho de interés: los movimientos se nutren ante todo de militantes y no son, como tales, genuinas instancias de masiva acción popular.⁴ Cabe esperar que ésta sea, claro, una situación provisional. Sabido es que las redes convocan a un número mucho mayor de personas con ocasión de momentos precisos, al margen de los cuales su atracción se reduce significativamente. Nos hallamos, en último término, ante un trasunto del mismo problema que hemos apuntado a la hora de dar cuenta de un reto fundamental de los movimientos: dotarse de estructuras permanentes y avanzar en el terreno organizativo.

El referente político

Acabamos de mencionar el desembarco que segmentos significados de la socialdemocracia europea han realizado en algunas de las reuniones más importantes de los movimientos antiglobalización. Semejante operación ha tenido un efecto visible: el de acelerar las discusiones relativas a cuáles han de ser los referentes políticos de aquéllos.

El punto de partida al respecto lo aporta el hecho, glosado por N. Klein en el caso de Canadá, pero fácilmente universalizable, de que los movimientos son por lo común "más que una coalición pero menos que un partido".⁵ Reconocido esto, lo suyo es reseñar que en las redes hay, como poco, tres grandes percepciones en lo que atañe a eventuales referentes políticos. La primera entiende, sin más, que los partidos de la izquierda de siempre --cada cual es libre de proponer los nombres que procedan-- ofrecen un canal más que suficiente para que las expectativas de los movimientos encuentren satisfacción; cabe suponer que esta manera de ver las cosas se vincula, ante todo, con las querencias de muchos de los militantes de esos partidos que, de una forma u otra, están vinculados con los movimientos o trabajan directamente en ellos.

Una segunda percepción corresponde a quienes consideran

que procede crear fuerzas políticas de tipo nuevo, más adaptadas a las demandas y a las formas de hacer de los movimientos; es cierto que, al menos a título provisional, en la mayoría de los lugares esta propuesta no parece haberse saldado en hechos. De adquirir carta de naturaleza hay que convenir que las fuerzas resultantes lo tendrían difícil en el terreno electoral, no en vano habrían de defender lo que a los ojos de muchos sería una reducción en el nivel de vida --que no, subráyese bien, en el del bienestar-- en provecho de políticas solidarias.

La tercera, la última y, acaso, la más común de las percepciones tiene un visible cariz libertario y estima que lo que hace falta no son nuevos o viejos partidos, sino una profundización en la democracia de base y autogestionaria de los movimientos, con una mejora paralela de los vínculos de comunicación entre grupos extremadamente dispares. La querencia que nos ocupa considera, en el mejor de los casos, que las discusiones sobre el referente político deben aplazarse en tanto no sea evidente que los movimientos, fortalecidos, disfrutan, en plenitud, de autonomía. Importa remarcar que no hemos empleado el adjetivo *anarquista* para dar cuenta de esta percepción: en la mayoría de los casos quienes la abrazan no lo hacen de resultas de una lectura ideológica, por lo demás muy respetable, de Bakunin, Kropotkin o Malatesta. Han llegado a la conclusión mencionada, antes bien, por efecto de una vivencia personalizada en lo que respecta a cuáles son las consecuencias de la jerarquía y de la delegación en el seno de las organizaciones.

Otra manera de perfilar la última reflexión acometida --la relativa a una mayoritaria corriente libertaria en los movimientos-- es la que viene a sugerir que éstos, anticapitalistas y antiburocráticos, muestran una inequívoca voluntad de oponerse a muchos de los términos característicos de lo que históricamente han sido la socialdemocracia y el leninismo. No está de más recordar al respecto la similitud existente entre los lemas abrazados en su momento por uno de los teóricos principales de la socialdemocracia, Kautsky, y por Lenin. Si el primero afirmó que "el socialismo es la administración de los ferrocarriles ampliada a toda la sociedad", el segundo señaló que "el socialismo es el poder soviético más la electrificación de todo el país". Es lícito adelantar que en los movimientos se revela una manifiesta desconfianza ante semejantes pronunciamientos, que arrinconan visiblemente --tanto más cuanto que es sabido lo que el poder soviético era para Lenin-- a la población y recelan de su capacidad autónoma de decisión. Bien es cierto, en paralelo, que el protagonismo alcanzado por generaciones jóvenes en el mundo de la resistencia frente al capitalismo global ha hecho que en los movimientos remitan, y sensiblemente, muchas de las discusiones relativas a lo que fueron el leninismo y los sistemas de tipo soviético.

Desembarco de la socialdemocracia

Hora es de que retornemos, con todo, a la cuestión que --hace un momento lo señalábamos-- ha estimulado muchas discusiones

sobre el referente político de los movimientos: el desembarco de determinados segmentos de la socialdemocracia. Bastará con recordar al respecto la presencia en Porto Alegre de M. Soares, el ex presidente portugués, o las ilustrativas declaraciones de H. Weber --un dirigente muy próximo a L. Fabius, miembro prominente del Partido Socialista Francés--, quien describió el Foro Social Mundial como un "movimiento social histórico, cuya articulación con la izquierda gobernante es fundamental".⁶ Nada menos que seis ministros del gabinete socialista galo estuvieron presentes en el segundo foro mundial celebrado en la ciudad brasileña.

Aunque es legítimo celebrar la presencia en los foros de gentes como las mencionadas --aporta, por sí sola, un indicador del atractivo de aquéllos--, se antoja inevitable que muchos activistas expresen sus recelos al respecto y recalquen que los protagonistas del desembarco, nada propicios a encarar el sórdido trabajo cotidiano de los movimientos, bien se cuidan, en cambio, de ampararse en los resortes mediáticos que las reuniones internacionales dispensan, mal que bien, a éstos. En socorro de esta segunda visión acude un hecho de relieve difícilmente rebajable: pese a algún coqueteo asumido por L. Jospin en Francia, ninguno de los gobiernos socialdemócratas que han ejercido o ejercen el poder en Estados miembros de la UE, o en entidades político-administrativas de rango inferior dentro de esta última, se ha avenido a aplicar una propuesta tan moderada como es la tasa Tobin, en lo que se antoja ilustración palmaria de la distancia que media entre determinados discursos impregnados de retórica --los vertidos en Porto Alegre por tantos dirigentes socialdemócratas-- y la práctica política real.

No se olvide que la tasa Tobin no es otra cosa que un liviano impuesto aplicado sobre las transacciones de naturaleza estrictamente especulativa y que, como tal, y al menos sobre el papel, su escasísima radicalidad podría justificar su aplicación incluso por gobiernos manifiestamente conservadores (nadie se atreverá a afirmar que está a favor de la especulación). Esto aparte, la recaudación derivada tiene que recaer, casi por fuerza, en manos del Estado, circunstancia que aleja la propuesta de los horizontes mentales de la mayoría de los movimientos de base; no es casual que Bernard Cassen, acaso la figura más destacada de ATTAC Francia --una organización cuyo cometido primero es defender una tasa como la que nos ocupa-- sea persona muy próxima al político nacional/*chauvinista* Jean-Pierre Chevènement, firme partidario de un marco de resolución de problemas en el que el Estado-nación es vital.⁷ En virtud de lo que acabamos de señalar, bien puede afirmarse que la tasa Tobin es un termómetro interesante para calibrar hasta dónde están dispuestos a llegar tantos dirigentes políticos. Desempeña un papel parecido, por decirlo de otra manera, al que correspondió en el pasado --en cierto sentido le corresponde aún hoy-- a la propuesta del 0,7% en lo que respecta al trabajo de tantas redes de solidaridad con los países más pobres.

Fronteras difusas

Algunas de las consideraciones que hemos venido realizando pueden conducir a una conclusión equivocada: la de que existen líneas de separación muy claras entre los movimientos, de un lado, e instancias como las que configuran, del otro, partidos, sindicatos y organizaciones no gubernamentales. Éste el momento de subrayar que las fronteras entre unos y otras son a menudo difusas y que no faltan, en paralelo, las señales de fecundación mutua.

No puede olvidarse que muchos de los movimientos a los que hemos dado en aplicar la etiqueta de antiglobalizadores no son, hablando en propiedad, nuevos: han nacido, antes bien, de resultas de corrimientos experimentados por viejas organizaciones --o por militantes de estas últimas-- que han pasado a asumir un perfil distinto. Al respecto es obligado recuperar un puñado de hechos. Las redes, por lo pronto, han sido capaces de releer demandas tradicionales de partidos, sindicatos y ONG, al tiempo que han permitido cierta unificación de los discursos de los nuevos movimientos sociales. Simbólicamente significativo es que las organizaciones que nos interesan hayan asumido el 1 de mayo como un momento adecuado para contestar la globalización capitalista. De la misma suerte, muchos movimientos en América Latina se han apropiado del 12 de octubre como expresión de un *grito de los excluidos*,⁸ en lo que se antoja ilustración suficiente de la habilidad "para cambiar de una campaña u objetivo hacia otras campañas u objetivos".⁹

Tampoco está de más certificar que muchos partidos, sindicatos y ONG han coincidido con los movimientos en manifestaciones y foros. Aun a sabiendas de que no conviene confundir a activistas y manifestantes, lo suyo es recordar que un estudio realizado sobre las movilizaciones de Génova en julio de 2001 permitió concluir que un 41% de los encuestados había participado en asociaciones de voluntariado social y un 52% en organizaciones estudiantiles. Esto aparte, un 32% había trabajado en organizaciones no gubernamentales, un 38% en otros movimientos sociales, un 35% en centros sociales diversos, un 24% en grupos ecologistas y un 34% en asociaciones deportivas o recreativas. Un 18% de los participantes declaraba sus vínculos con organizaciones religiosas, un 19% había estado afiliado a sindicatos y un 32% a partidos. Un 7,5% declaraba emplazarse en la extrema izquierda, un 54% en la izquierda y un 7% en el centro izquierda; un 18%, en suma, afirmaba no sentirse vinculado con categorías ideológicas como las invocadas.¹⁰

Puede afirmarse que los militantes de partidos, sindicatos y ONG que trabajan en muchos foros sociales son a la vez, acaso muy a su pesar, la punta de lanza de una estrategia de control ejercida sobre los movimientos y la muestra más sólida de la lucidez que resta en sus fuerzas respectivas. En este sentido, las redes antiglobalización han acabado por atraer hacia sí a segmentos significados de sindicatos, partidos y ONG, aun cuando en modo alguno han circuitado la actividad normal de éstos. Hay que preguntarse si ello es un indicador de fracaso o, por el contrario, un dato saludable, como hay que plantearse, también, si ello opera en detrimento o no de las capacidades futuras de los movimientos. Veamos las cosas como las veamos, parece inexcusable concluir que es necesaria una mutua fecundación. Al fin y al cabo, y por reseñar una

circunstancia importante, si los movimientos han provocado la radicalización de algunas fuerzas sindicales, el acercamiento de éstas ha generado en aquéllos un énfasis mayor en la dimensión *material* --no *posmaterial*-- de muchas de las iniciativas. De resultas, los vínculos entre sindicatos y movimientos en modo alguno son marginales. De hecho, el dato fundamental que se hizo valer en Seattle en 1999 fue una alianza entre redes que trabajaban ante todo en la solidaridad con el Tercer Mundo, y en el encaramiento de los problemas medioambientales, por un lado, y fuerzas sindicales tradicionales, por el otro.

Como quiera que en un epígrafe anterior nos hemos interesado ya por las ONG, hora es de que prestemos alguna atención a procesos similares en relación con los sindicatos. Aseveremos, antes que nada, que muchos militantes de estos últimos, conscientes de las numerosas limitaciones que pesan sobre aquéllos, participan activamente en los movimientos, en los que asumen posiciones claramente críticas de las burocracias sindicales. Reconocen inequívocamente, en particular, que al calor de las actitudes abrazadas por éstas los sindicatos han perdido capacidad de resistencia, cada vez se han mostrado más dependientes del erario público, han permitido el asentamiento de genuinas castas funcionariales y han rehuido cualquier fórmula seriamente encaminada a articular las protestas de desempleados o inmigrantes. En consecuencia, y en este magma de dramática integración en el sistema, hay motivos sobrados para afirmar que la mera participación de sindicatos en foros y manifestaciones poco significa, tanto más cuanto que el horizonte mental de aquéllos sigue marcado, las más de las veces, por reglas del juego formuladas por los sistemas que los movimientos contestan. Sólo cierta modalidad de sindicalismo radical --acaso más radical que sindicalista-- en el Norte rico ha resistido al envite crítico de los movimientos, en el buen entendido de que es verdad, eso sí, que el comportamiento de muchas fuerzas sindicales del Sur del planeta se antoja, en cambio, mucho más próximo a las querencias de aquéllos.

En tales condiciones, la sugerencia, tantas veces formulada por J. Petras, de que es menester reflatar, como principales agentes protagonistas de un proyecto de transformación, a partidos y sindicatos parece ignorar que los problemas de unos y otros son cualquier cosa menos coyunturales. Claro es que revelaríamos una extrema ingenuidad si diésemos por descontado que el derrotero de los movimientos está libre de los obstáculos que han acabado por manifestarse, y con singular fuerza, en muchas de las instancias antecesoras.

La derecha antiglobalización

Cuando los movimientos saltaron a la palestra se escucharon muchas voces que apuntaban, entre los problemas principales que aquéllos tendrían que encarar, el de la necesidad de distinguir con claridad su perfil del correspondiente a lo que llamaremos la *antiglobalización de derechas*. A decir verdad, semejante tarea ha demostrado ser innecesaria entre nosotros, toda vez que los elementos de similitud entre unas y otras realidades

son muy escasos, y los cruces harto difíciles.

Vaya por delante que en la dinámica propia de los movimientos antiglobalización ha habido siempre --como hemos tenido la oportunidad de remarcar varias veces-- un inequívoco deseo, más notable en unos casos que en otros, de fortalecer la lógica de los Estados y de defender las culturas amenazadas, frente a las abrasivas agresiones que unos y otras estaban padeciendo. En realidad, el propósito de recuperar para los Estados atribuciones perdidas está presente, mal que bien, en casi todos los discursos antiglobalizadores, y alcanza incluso a aquellos que exhiben una arraigada vocación libertaria. En éstos se manifiesta, naturalmente, de la mano de impulsos correctores que no dudan en subrayar, por ejemplo, la conveniencia de reclamar formas de propiedad socializada --y no meramente estatalizada-- y de postular horizontes de cariz visiblemente internacionalista. En paralelo, muchos movimientos antiglobalización que han incorporado, respetablemente, una rotunda clave nacionalista son conscientes de que esa clave debe verse acompañada, claro, por otro tipo de exigencias.

El discurso de la *derecha antiglobalización* poca relación guarda, en cambio, con unas redes --las que aquí nos interesan-- que discurren por otros cauces. Ese discurso refleja, por ejemplo, una violenta ignorancia de los derechos de las minorías y de los grupos sociales oprimidos, un franco rechazo de cualquier tipo de política de cariz igualitario, un visible olvido de los problemas del Tercer Mundo y una negativa radical a asumir medidas de cariz transnacional, no en vano sólo interesa fortalecer la soberanía propia en el marco de los Estados.¹¹ La *derecha antiglobalización* --recuérdense sus manifestaciones señeras en países como Austria, Francia o Italia-- se aferra, por lo demás, a elementos de racismo, xenofobia y fundamentalismo religioso que nada parecen tener que ver con los movimientos.¹²

Divisiones y lenguaje

Se ha dicho muchas veces que los movimientos configuran un lugar de encuentro --si así se quiere, de reencuentro-- de gentes que en virtud de razones diversas habían recorrido, desde tiempo atrás, caminos diferentes. Si lo anterior es innegable, y configura uno más de los muchos datos positivos que los movimientos han hecho emerger, conviene reconocer sin cautelas cuál es la contrapartida: resulta muy frecuente que quienes se acercan a las redes lo hagan llevando consigo viejas rencillas que hundan sus raíces en tiempos lejanos.

Aunque es verdad, con todo, que por ahora, y en general, las diferencias resultantes no se han saldado en confrontaciones agudas y duraderas, no puede descartarse que éstas acaben por revelarse en el futuro, de tal suerte que a su amparo se acreciente sensiblemente el riesgo de fragmentación de los movimientos. También es cierto, en paralelo, que una parte del problema lo aporta el hecho de que con frecuencia queremos ver una comunidad de iniciativas en redes que a duras penas muestran tal carácter.

De la cuestión que nos ocupa conviene extraer una lección: los movimientos deben hacer un esfuerzo inconmensurable para

rehuir muchos de los vicios que se han revelado en las disputas y las prácticas de la izquierda de siempre. Mencionemos entre ellos los personalismos, las luchas intestinas, la distancia entre la retórica empleada y el comportamiento real, o el empleo de un lenguaje incomprensible para el común de las gentes. Un ejemplo cristalino de lo que los movimientos deben esquivar lo proporcionó lo ocurrido en Madrid, cuando en mayo de 2002 se organizó el Foro Social Trasatlántico. Por lo que cuentan, la disputa más honda fue la relativa a quién debía hablar en lugar prominente en el acto central: si H. de Bonafini, la portavoz de las Madres de la Plaza de Mayo argentinas, o N. Klein, la ensayista canadiense autora de un celebrado libro titulado *No Logo*.

A buen seguro que no es preciso señalar que la disputa recién mencionada era, por fortuna, literalmente incomprensible para alguien que no se encontrase de lleno en el ajo de discusiones de largo aliento. Repitámoslo de nuevo: los movimientos están obligados a dirigirse, en un lenguaje entendible, a los ciudadanos normales. Demandar sin más la revolución --y hacerlo con una fraseología unas veces incomprensible, otras veces desbocada por radical-- se antoja poco útil. En las palabras del subcomandante Marcos, "no sabríamos qué hacer con una vanguardia tan avanzada que nadie pudiera seguirla".¹³ O, lo que es lo mismo, y en las del colectivo Wu Ming, "para que otro mundo sea posible, debe ser posible, también, imaginarlo y hacérselo imaginable a muchos".¹⁴

Por detrás de la discusión anterior hay un hecho insoslayable: los movimientos --no nos engañemos-- no son hegemónicos en la *sociedad civil* ni menos aún representan a ésta como un todo. Configuran, en el mejor de los casos, una de sus partes más activas.

El programa

Desde los poderes políticos tradicionales, y desde sus resortes mediáticos, se ha acusado con frecuencia a los movimientos de concentrar toda su actividad intelectual en la crítica del orden establecido y de desentenderse, en paralelo, de la formulación de propuestas alternativas. No parece que semejante acusación esté fundamentada. Bastará con echar una ojeada al respecto a la ya copiosa bibliografía que recoge los numerosísimos debates de tono programático registrados --ahí están las disputas sobre los presupuestos participativos, la tasa Tobin, la renta básica de ciudadanía o la abolición de la deuda externa-- al calor de los foros sociales mundiales. O con recordar que, a los ojos de muchos, los movimientos exhiben una fácilmente perceptible dimensión de *contestación* --una réplica, formalizada, frente al discurso oficial--, antes que de mera protesta.¹⁵

Otra cosa distinta es determinar si en los movimientos se ha gestado un cuerpo programático razonablemente abarcador y generalmente aceptado. Lo suyo es responder que no, en el buen entendido de que lo anterior, lejos de ser un problema, más bien parece una virtud: las redes antiglobalización reflejan una pluralidad extrema, de tal manera que cada cual puede acercarse a ellas y procurar los *menús* más próximos a sus

expectativas. Y es que entre los movimientos los hay que reivindican programas que, por su amplitud, recuerdan a las macropropuestas formuladas en su momento desde las tradiciones socialista, comunista o anarquista, como los hay que dedican su actividad a la postulación de una única y precisa causa. Esta afortunada disparidad en modo alguno significa, claro, que no haya que trabajar para alcanzar acuerdos que garanticen al tiempo la unidad y la pluralidad. "Ya llegará, y pronto, el tiempo de síntesis más rigurosas" (Wu Ming).¹⁶

J. Brecher, T. Costello y B. Smith han identificado, por otra parte, varios rasgos de las propuestas vertidas por los movimientos: no son meras opiniones, no responden a una fe con características universales ni acarrearán una dimensión de creencia religiosa, no prefiguran necesariamente una utopía --lo que en unos casos es la demanda de una sociedad distinta, en otros se convierte en la defensa de las formas de vida tradicionales de los pueblos indígenas--, no postulan una ideología de perfiles convencionales, sistematizados y más o menos cerrados, no imponen valores y normas de comportamiento específicos, no implican la defensa de un equivalente --bien que opuesto-- al programa capitalista de globalización --en este sentido no reivindican, tampoco, ningún principio matriz del tipo *el mercado*, sino un sinfín de respuestas muy dispares-- y no se contentan, pese a todo, con meras y parciales reformas.¹⁷ En relación con uno de los aspectos invocados, hay que remarcar que, de la misma suerte que los movimientos desconfían de las cosmovisiones cerradas, y saben que no disponen de una ciencia de la sociedad que merezca tal nombre, rechazan también, claro, que el capitalismo sea un fenómeno *natural* y, como tal, insorteable y saludable.

De entre las propuestas y campañas que los movimientos desarrollan, ya glosadas en el capítulo anterior, tiene su sentido extraer algunas matrices omnipresentes: la postulación de la idea de autogestión, la adopción de lo que A.M. Medici llama un "antiestatismo difuso"¹⁸ --que coexiste, bien es cierto, y como ya hemos sugerido, con defensas más o menos claras, allí donde ello tiene sentido, de los Estados del bienestar-- o una crítica general de lo que Occidente supone hoy en el mundo. En varias oportunidades hemos hecho mención, también, de diferencias importantes en las percepciones de los movimientos. Ahí está, para ofrecer testimonio al respecto, aquella que separa, de un lado, a las redes que se contentan con contestar el neoliberalismo y, del otro, a las que rechazan la lógica entera del capitalismo.

Es forzoso agregar una observación más: frente a lo que suele ser común, los movimientos parecen haber experimentado, con el paso del tiempo, una general radicalización. Esta última coexiste, bien es cierto, con el vigor de lo que en algún caso se ha llamado "radicalismo autolimitado" e "idealismo pragmático".¹⁹ A algo similar a lo que estos términos invocan se refiere, en uno de sus textos, Wu Ming cuando critica un "hiperradicalismo dogmático y vano que en el plano 'estratégico' privilegia una inacción llena de resentimiento y, en el nivel 'táctico', la contumelia telemática. La única aportación es la condena --ya sea por 'inadecuada', ya por 'reformista'-- de cualquier campaña mediática o forma de acción y, sobre todo, de cualquier renovación lingüística y comunicativa".²⁰ En el terreno que ahora nos interesa, el

problema de fondo de los movimientos estriba, probablemente, en combinar la ausencia de una ideología fuerte con el mantenimiento de una contestación radical. A medida que las primaveras van pasando parece, por añadidura, que lo de *otro mundo es posible* va perdiendo atractivo como lema: cuando hay que aclarar --y es obligado hacerlo-- cuál debe ser el perfil de ese mundo, el adjetivo *socialista* u otro parejo --en el sentido fuerte-- se impone, y ello aun cuando los movimientos, sincréticos y recelosos de las cosmovisiones cerradas, gusten de hacer propios elementos originarios de tradiciones emancipatorias muy diferentes entre sí.

Sin resultados prácticos

Parece fuera de discusión que los éxitos materiales de los movimientos son escasos. Al respecto bastará con recordar lo que sucedió al calor de la contestación que, a principios de 2003, suscitó la agresión norteamericana en Iraq. En todos los lugares las protestas, multitudinarias, se agotaron en sí mismas. Esta dimensión, en la que el *espectáculo* de la contestación lo es todo, de tal suerte que en buena medida el éxito se mide conforme al eco mediático, tiene por fuerza que preocupar. No consta, por ejemplo, que las universidades que, entre nosotros, se opusieron a la guerra se inclinasen por introducir algún cambio real --prohibir la venta de productos estadounidenses en sus cafeterías, cancelar los convenios suscritos con universidades norteamericanas que no hubiesen condenado la agresión-- en su menester cotidiano, algo que, por sí solo, bien puede convertirse en una fuente de desaliento.

Lo anterior no quiere decir que la acción de los movimientos carezca por completo de efectos palpables. Hay quien se sentirá tentado de afirmar, por lo pronto, que las mentadas manifestaciones contra la guerra en Iraq tuvieron a la postre, en algunos escenarios, consecuencias electorales más o menos significadas, como hay quien subrayará que las contracumbres han obligado a trasladar a lugares recónditos unos u otros cónclaves oficiales. Así, en Qatar se celebró en noviembre de 2001 una cumbre de la Organización Mundial del Comercio, las Montañas Rocosas canadienses acogieron la reunión del G-8 en junio del año siguiente y la localidad francesa de Évian, convertida en inaccesible, recibió, de nuevo, a los representantes de los ocho Estados más poderosos en junio de 2003. Habrá que convenir, con todo, que lo relatado configura una victoria pírrica, tanto más cuanto que el sistema ha ido articulando sus respuestas y cuanto que se ha desvanecido, en consecuencia, el relativo factor sorpresa que operó en Seattle en 1999.

En el habe de los movimientos hay que emplazar, también, un éxito: han conseguido que en las cúpulas de instancias como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial --con una legitimidad cada vez más cuestionada-- se hiciesen valer afirmaciones moderadamente autocríticas. "Lamentamos no poder hacerlo mejor", confesó cínicamente uno de los portavoces del Fondo,²¹ no sin que faltasen declaraciones, no menos cínicas, que aseveraban que "los antiglobalizadores persiguen los mismos fines que nosotros".²² Por citar otro botón de muestra, en 2003

el informe del Banco Mundial sobre el desarrollo duradero se hacía eco, significativamente, de muchos de los argumentos de los movimientos. Éstos, por añadidura, y en un terreno más material, consiguieron imponer un freno en 1999, en Seattle, a la llamada Ronda del Milenio, hicieron lo propio --ante todo en Francia-- con el Acuerdo Multilateral de Inversiones el mismo año, provocaron la cancelación de la cumbre del Banco Mundial que debía celebrarse en Barcelona en 2001, propiciaron la retirada de muchos productos transgénicos y parecieron ejercer alguna influencia, en fin, en la incorporación de supuestos comportamientos éticos por parte de algunas empresas transnacionales.

Semejantes logros eran, con todo, manifiestamente insuficientes, y ello por mucho que dejasen abierta la ventana de la esperanza. Tampoco era al respecto un singular consuelo la certificación, fácil, de que personajes como Lula, en Brasil, o N. Kirchner, en Argentina, se habían hecho eco de algunas de las demandas de los movimientos. Si acaso, y en relación con esto último, lo que resultaba realmente estimulante era que segmentos enteros de la opinión pública de los países mencionados, y de otros muchos, empezasen a actuar en una clave mental diferente. No conviene confundir, en cualquier caso, las propuestas de los movimientos con las posiciones defendidas por países como Brasil, la India y Suráfrica en Cancún en septiembre de 2003. Y es que, aunque --digámoslo de nuevo-- el aliento de las redes se aprecia en algunas de esas posiciones, lo suyo es recordar que esos tres Estados configuran una suerte de elite privilegiada del Tercer Mundo cuya posición fundamental apunta, sin más, a dismantelar eventuales políticas proteccionistas en el Norte desarrollado e implica, por tanto, el acatamiento de muchas de las reglas del juego centrales de la globalización capitalista. Hay, en suma, diferencias sustanciales entre las querencias de movimientos que viven y crecen en la base de las sociedades y las de autoridades estatales que funcionan conforme a claves palmariamente diferentes.

De lo dicho es fácil extraer una conclusión: a efectos de garantizar su supervivencia los movimientos deben hacer un esfuerzo inconmensurable para alcanzar resultados prácticos. Al respecto tan interesantes son las campañas orientadas a satisfacer objetivos muy precisos como, por ejemplo, las apuestas en provecho del despliegue de fórmulas de economía social. En cualquier caso, debe quedar atrás una etapa en la cual el único criterio de medición de la capacidad de los movimientos era el que remitía al número de manifestantes que conseguían convocar en las calles de una u otra ciudad o, peor aún, a los resultados --siempre equívocos y polémicos-- de una u otra consulta electoral.

A vueltas con las formas de organización

Las formas de organización de los movimientos son tan dispares que a ciencia cierta todo puede decirse con respecto a ellas. A duras penas habría ser de otra manera, tanto más si tenemos en cuenta que en aquéllos no sólo se dan cita grupos muy vertebrados, redes de perfil nebuloso e individuos que actúan

por su cuenta: se hacen valer, también, otras instancias de perfil muy dispar, como es el caso de periódicos, revistas, círculos de pensamiento, centros universitarios...²³

Aun a costa de simplificar realidades muy complejas tiene su sentido, con todo, aislar algunos de los rasgos organizativos de los movimientos, en el buen entendido de que tras ellos se aprecian por igual innegables virtudes y notables problemas. La conciencia con respecto a estos últimos --"el imperio somos nosotros", en palabras de Wu Ming--²⁴ parece inundar, aun así, toda la actividad de las redes, poco propicias a ejercicios, tan frecuentes en otros escenarios, de etnocentrismo y autoexculpación. A una de las dimensiones de esa delicada condición de fondo se ha referido A. Morán cuando ha escrito que "la colonización de nuestra subjetividad por la lógica del poder explica que una globalización que exacerba los rasgos más violentos y excluyentes del capitalismo no produzca revolución sino sumisión".²⁵

Un primer rasgo interesante de los movimientos lo configura su condición de redes que, extremadamente flexibles, se proponen garantizar oportunidades para la expresión de todos, facilitar una genuina comunicación no jerarquizada y otorgar el peso que merecen a los individuos y a sus relaciones interpersonales, por encima incluso de las proximidades ideológicas. En las palabras de I. Sommier, antes "el militante era un individuo-masa borrado detrás del 'nosotros': este modelo es objeto de rechazo en provecho de formas más flexibles, más respetuosas de la autonomía del individuo".²⁶ Otro elemento caracterizador de las redes es su condición descentralizada y la vocación de coordinar horizontalmente las actividades. J. Jordan, un activista del movimiento Reclaim the Streets, se ha referido a las ventajas consiguientes: las transnacionales son "como petroleros gigantescos, y nosotros como una escuela de pesca. Podemos responder rápidamente; ellos no".²⁷ Hay quien ha descrito a los movimientos, en paralelo, como una "red de arañas que hila una tela capaz de inmovilizar a las multinacionales más poderosas".²⁸ Conviene agregar, por añadidura, y éste no es un dato menor, que la extrema descentralización de los movimientos hace que éstos sean muy difíciles de controlar.

El recelo con respecto a las estructuras jerárquicas configura otro rasgo interesante. Se ve acompañado, como es fácil intuir, de reticencias sin cuento en lo que se refiere a la delegación y a la representación, ante las cuales se opone una franca defensa de la primacía de la asamblea y del control desde la base. Lo común es que, de resultas, se contesten las figuras de los *liberados*, los dirigentes autonominados y los santones intelectuales. Por lo que atañe a las dos primeras, es harto frecuente que se subraye que tanto *liberados* como dirigentes autonominados han mantenido su condición de tales durante muchos años, han dedicado buena parte de su esfuerzo a preservar sus puestos de trabajo y se han mostrado incapaces de asumir una necesaria operación de reciclaje. Nunca está de más recordar que antes de la guerra civil española, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), con dos millones de afiliados, contaba con un solo *liberado*: el secretario de su comité confederal. Las distancias con respecto a los gurús intelectuales responden a percepciones varias: aunque algo tienen que ver con la negativa a aceptar la existencia de

centros directores emisores de doctrina, más le deben --por lo que parece-- a la conciencia de pecados mayores como los que acosan a algunos de aquéllos. Uno de ellos, muy conocido, acaparador de portadas, presunto amigo de poderosos dirigentes políticos, afín a la socialdemocracia más integrada y jacobino sin límites, gusta de exigir tres mil euros, y un billete de avión de primera clase, como pago de su muy conocida conferencia, que a menudo, y por añadidura, cancela a última hora.

Con mimbres como éstos no es difícil explicar por qué en los movimientos se barrunta un libertario rechazo de la política como profesión y una reivindicación de la *política* como vida cotidiana, en la que el trabajo voluntario, y no las relaciones de intercambio y la mercancía, se imponen. En este sentido, los movimientos guardan las distancias, no sólo con la izquierda institucionalizada, sino también con muchas de las manifestaciones de una *izquierda radical* que con frecuencia bebe de espasmos jacobinos y jerarquizantes --por mucho que haya modificado, y casi siempre para bien, el grueso de sus parámetros ideológicos--, y que conserva la huella de lo que P. Cardan describió, decenios atrás, como "el constante renacimiento de la realidad capitalista en el seno del proletariado".

Un tercer rasgo de los movimientos nos recuerda que abrazan una panoplia muy amplia de formas de intervención. Entre ellas se cuentan la acción directa, no mediada por partidos o sindicatos --la que se ejerce contra campos de cultivos transgénicos, en favor de la ocupación de tierras o de viviendas vacías, en defensa de la acogida de inmigrantes sin papeles, o con el propósito de obstruir el tránsito de sustancias radiactivas a través del bloqueo de carreteras y vías férreas--, la presión ante las instituciones, la creación de coaliciones de muy diverso cariz o el desarrollo de campañas de sensibilización. Según la textura de las redes, se recurre a la desobediencia civil o se propician unas u otras formas de influencia de la mano, por ejemplo, de negociaciones con las instituciones. A menudo se ha señalado, por añadidura, que los movimientos, en sus acciones, han mostrado por lo común una notable imaginación, y con ella un envidiable sentido lúdico y festivo. "Contra la seriedad, la retórica y la especialización estéril que transmite la ideología dominante, reivindicamos el humor, la risa, las palabras sencillas y la inteligencia".²⁹

Un rasgo más, el cuarto, de las formas organizativas que nos ocupan es el hecho de que combinan el trabajo en lo local con la dimensión planetaria que adereza muchas campañas. Digamos una vez más que, por muy importante que sea esta última, sin lo local, sin lo más próximo, no hay movimientos: mientras éstos no reclaman de forma perentoria la formalización de estructuras de cariz planetario, en modo alguno pueden prescindir, en cambio, de un trabajo local que es su cimiento principal. También hemos señalado que las redes transnacionales que los movimientos han acabado por perfilar --en cierto sentido son una réplica de las organizaciones del sistema-- no configuran una nueva Internacional si por tal entendemos una apuesta marcada por la presencia consistente de un centro director. Es impensable, por lo demás, que una red concreta --ATTAC o la IV Internacional-- encabece una resistencia global trenzada en torno a una enorme pluralidad y dotada de poderosos

anticuerpos al respecto.

Mencionaremos, en fin, un quinto rasgo vertebrador: en el crecimiento de los movimientos ha desempeñado un papel decisivo Internet, que ha facilitado densas comunicaciones en el interior de los grupos y entre éstos --el primer reflejo fue Seattle, en donde millar y medio de organizaciones suscribieron, a través de la red, un documento contra la Organización Mundial del Comercio--, y ha acrecentado la posibilidad de articular rápidas respuestas, todo ello con costes muy razonables. Internet, que ha permitido multiplicar sensiblemente la información disponible, ha sido decisivo para el despliegue de campañas internacionales de recogida de firmas, ha hecho posible el bloqueo de las páginas web de empresas y organismos, y ha ofrecido perspectivas inéditas de comunicación para quienes viven en países marcados por la impronta autoritaria. En cierto sentido los movimientos le han dado la vuelta al uso oficial de la red --mercantil o alienador-- en provecho de iniciativas de abierta contestación. En éstas han despuntado organizaciones como Indymedia, que ha promovido al respecto un lema significativo: "No odies los medios: conviértete en uno de ellos".

¿Intermitentes, inconstantes e indisciplinados?

La enunciación de rasgos que acabamos de rematar conduce inevitablemente a una conclusión: configurar organizaciones con arreglo a pautas como las reseñadas es cualquier cosa menos sencillo. Éste es, a buen seguro, el principal problema --y el principal reto-- de los movimientos, que deben garantizar la eficacia al tiempo que se encargan de preservar una democracia de base plena. Al respecto de esta cuestión, no está de más que subrayemos el vigor de dos disputas precisas. La primera nace de las percepciones del grueso de la izquierda tradicional que, impregnada de una visión muy cerrada, recela de la intermitencia y de la inconstancia de muchas redes a las que no duda en calificar de poco formalizadas e indisciplinadas. Aunque no se trata de rechazar de plano la crítica correspondiente --que a buen seguro tiene su fundamento y, en cualquier caso, merece ser tomada en consideración--, la réplica que ha visto la luz en muchos movimientos es fácil de entender: las organizaciones convencionales, con sus estructuras, sus jerarquías y su división del trabajo, han demostrado claramente sus limitaciones, y ello por mucho que colmen las expectativas de viejas guardias siempre deseosas de anclajes y certezas. Estas gentes gustan poco de la flexibilidad propositiva y organizativa de los movimientos, de la diversidad que acogen, de su capacidad para encarar materias extremadamente dispares --que rompen los espacios, comúnmente cerrados y llenos de reglas y de juegos tácticos, en los que se mueven los partidos al uso-- y de un conjunto de formas de hacer que muestran poca simpatía por "la competición, la jerarquía, la militancia orgánica y los códigos ideológicos unitarios".³⁰

La segunda de las disputas pone sobre aviso ante unas limitaciones, las de Internet, que asumen formas diversas. No debe darse por descontado, por lo pronto, y como a menudo se

hace, que la abrumadora mayoría de los activistas de los movimientos se comunican merced a Internet. Un estudio reveló, por ejemplo, que sólo un 30% de los militantes de ATTAC en Francia se servían de la red.³¹ Ésta puede provocar, de resultas, una separación inquietante entre usuarios y quienes no lo son.³² El acceso a la red se verifica también conforme a pautas que pueden ratificar viejas exclusiones. Así, en Estados Unidos la disposición de un ordenador en la vivienda propia es tres veces más frecuente entre los blancos que entre los negros o los hispanos.³³ Esto al margen, Internet empieza a plantear problemas graves en lo que se refiere al exceso de información que permite y a la consiguiente dificultad de procesarla. Nada sería más ingenuo que ignorar, en fin, que la red se halla controlada, cómo no, desde los centros de poder tradicionales.

Los medios de comunicación

Ninguna propuesta original se formula cuando se afirma que los movimientos deben hacer un esfuerzo para dotarse de medios de comunicación propios y depender cuanto menos posible, en consecuencia, de aquellos que viven al amparo del sistema. Al respecto de esto, y pese al inteligente uso de Internet que han demostrado tantos grupos, es obligado reconocer que las redes antiglobalización se hallan más apegadas a los medios del sistema que muchas de sus antecesoras. Y es que, en palabras de P. Ceri, "los 'viejos' movimientos --el obrero, pero también los de estudiantes, mujeres o negros-- no tenían la misma necesidad de exposición mediática: la eficacia de su acción era menos dependiente, habida cuenta de la existencia de una relación social que los vinculaba con el adversario".³⁴ Aun con lo anterior, es cierto, en sentido parcialmente contrario, que la concentración del trabajo de los movimientos en el ámbito de lo local debe permitir que desarrollen medios de comunicación propios y escapen más fácilmente, en consecuencia, a determinadas estrategias de represión y demonización.

Pero, y por lo que se refiere a los medios de comunicación del sistema, hay que subrayar que han acabado por desempeñar, en relación con las redes antiglobalización, dos funciones distintas: si, por un lado, han servido de afilada punta de lanza para tramadas estrategias de agresión, por el otro se han visto obligados a aceptar, bien que a regañadientes, muchas de las demandas que llegaban de los movimientos. La primera de las dimensiones invocadas queda bien retratada en la manipulación mediática que se hizo valer, y es un ejemplo entre otros muchos que podrían adelantarse, en la semana que antecedió a la manifestación que recorrió las calles del centro de Barcelona el 16 de marzo de 2002. Significativo fue entonces que en una misma plana de periódico se señalase, en la parte superior, que un avión Awacs sobrevolaría Cataluña durante la cumbre oficial y que dos baterías antiaéreas se desplegarían en el aeropuerto de Barcelona, al tiempo que, en la parte inferior, se daba cuenta de las actividades organizadas por los movimientos. Aunque lo primero nada tenía que ver con lo segundo --aviones y baterías respondían, para entendernos, a la *paranoia* Bin Laden--, era inevitable que la confusión se instalase en muchos

ciudadanos y operase como eficacísima fórmula de amedrentamiento.

Al margen de lo señalado, éste es el momento adecuado para recordar que a los medios de comunicación del sistema sólo parece interesarles la dimensión de espectáculo que se vincula con contracumbres y foros. Las parafernalias correspondientes configuran el escenario adecuado, también, para que los medios se lancen a la caza de estrellas --políticos, intelectuales-- en las que creen, al parecer, que quedan representados razonablemente los movimientos. Rara vez les interesa, en cambio, el día a día del trabajo de éstos, mucho menos adaptable, con certeza, a las exigencias del espectáculo.

Pero ya nos hemos visto obligados a recordar que hay otra cara de la cuestión: en lo que se antoja termómetro adecuado de la atracción que a la postre suscitan los movimientos, es sencillo apreciar que los medios de comunicación del sistema han tenido que hacer hueco a muchos de los mensajes emanados de aquéllos. Bastará con proponer al respecto dos ejemplos. El primero viene a certificar que, con ocasión de la contracumbre articulada en Zaragoza, en marzo de 2002, frente a la cumbre de ministros de Defensa de la UE, y según testimonio de uno de los activistas, el *Heraldo de Aragón*, monopolio, en los hechos, de la prensa local, bien que se ocupó de resaltar dos circunstancias: si, por un lado, y como era previsible, subrayó que la capital aragonesa tenía el suficiente empaque --instalaciones, transportes, comunicaciones...-- para acoger una cumbre oficial como la mencionada, por el otro no dejó de remarcar que Zaragoza también contaba con su movimiento antiglobalización y no se quedaba a la zaga de Porto Alegre, Génova, Gotemburgo, Praga o Barcelona...

El segundo dato relevante lo ha venido a proporcionar el tratamiento dispensado por un sinfín de medios del sistema a los sucesivos foros sociales mundiales celebrados en Porto Alegre y Mumbai. Es significativo que incluso buena parte de la prensa conservadora --permítasenos la redundancia-- encarase de manera respetuosa, cuando no calurosa, los foros mentados, al tiempo que emitía críticas --o al menos mantenía las distancias--, en cambio, con respecto a las reuniones articuladas, de forma simultánea, por el Fondo Monetario o instancias afines en Nueva York o en Davos. Aunque en algún caso la explicación de comportamiento tan sorprendente remitía a circunstancias más o menos azarosas --por lo que cuentan, y en plena vorágine represiva, los periodistas fueron maltratados en la cumbre celebrada en Nueva York en enero de 2002--, es lícito concluir que mayor relieve correspondía a otro hecho: siendo lógico que lo debatido en Porto Alegre o en Mumbai suscite lecturas enfrentadas --a unos les parece de interés y a otros no; unos consideran que las propuestas son hacederas, en tanto otros discrepan--, semejantes interpretaciones han ido perdiendo sentido en lo que se refiere, por ejemplo, a los planes de ajuste del Fondo Monetario Internacional, que los propios portavoces de éste se han encargado de criticar, a menudo agriamente. Es difícil que la conciencia de lo que esto último quiere decir no alcance, en suma, a medios de comunicación que no se caracterizan precisamente por su vocación contestataria.

La cuestión de la violencia

Es evidente que en el mundo de la resistencia frente a la globalización capitalista no faltan los grupos que hacen uso de unas u otras formas de violencia. Negarlo sería tan absurdo como lo sería atribuir, siempre, la violencia que nos ocupa a acciones encubiertas de la policía. Pero nada es más urgente, en paralelo, que rehuir una tentación: la de asumir, acriticamente, las etiquetas que el sistema atribuye a grupos como el Black Block. Aunque la mayoría de los integrantes de los movimientos rechazan la violencia hoy, probablemente mantienen sus reservas en lo que respecta al futuro: ¿alguien piensa en serio que, de darse la circunstancia, el capitalismo globalizado se va a venir abajo sin alguna suerte de violencia?

Las ideas que acabamos de reseñar de forma somera ilustran el vigor de un problema grave: los movimientos --o segmentos significados de éstos-- parecen haber aceptado los términos de una discusión, la relativa a la violencia, dictados por las necesidades autolegitimadoras de los sistemas que padecemos. Así las cosas, se impone recuperar terreno y colocar sobre la mesa un puñado de reconsideraciones. La primera, y a buen seguro la más importante, llama la atención sobre la imperiosa necesidad de recordar el peso, ingente, de la violencia cotidiana del sistema. Ésta se ejerce, de forma tramada y sin interrupción, a través de la explotación de centenas de millones de trabajadores, de la preservación de la sociedad patriarcal, de la manipulación a la que se entregan tantos medios de comunicación, del despliegue de agresiones medioambientales acaso irreversibles y, en fin, y naturalmente, de la guerra. El vigor de todas estas violencias es infinitamente mayor que el de las que han visto la luz en los movimientos, y obliga a no despreciar, por muy discutibles que sean y muchas matizaciones que merezcan, las teorizaciones que invitan a distinguir entre una violencia justa, la de los oprimidos, y otra injusta, la de los opresores.

Una segunda consideración recuerda que la violencia ejercida sobre los movimientos es visiblemente mayor que la que nace de éstos. Al respecto no está de más recordar las lecciones proporcionadas por los hechos de Génova, en julio de 2001. La policía italiana no estaba interesada en modo alguno en evitar las acciones del Black Block --el grupo antiglobalización al que se atribuían, con razón o sin ella, querencias violentas--: su propósito, con toda evidencia, era dejar hacer a aquel con la vista puesta en encontrar una excusa en la que cimentar una represión descarnada ejercida sobre millares de manifestantes que ejercían, sin más, sus derechos cívicos más elementales. La policía italiana, como cualquier otra, echó mano de técnicas dispares entre las que se contaron el hostigamiento, la infiltración, la guerra psicológica, la demonización y la represión franca. No dudó, tampoco, en militarizar una cumbre oficial a través de severísimos controles en las fronteras, del blindaje de las ciudades, de la creación de zonas prohibidas o de la realización de ejercicios de ostentoso perfil militar. Aunque a menudo se ha dicho que los poderosos no temen la violencia que emana de los movimientos --temen, antes bien, la capacidad de movilización, y la persuasión consiguiente, que éstos ejercen--, no está de

más, como lo ha sugerido Wu Ming, que empiecen a sentir, también, algún miedo.³⁵ Y al respecto la aseveración, respetable, de que la violencia de los movimientos ofrece blancos fáciles al sistema debe contrarrestarse con el recordatorio de que, de no disponer de esos blancos, éste los hallaría por su cuenta. La condición de sus actitudes queda bien reflejada en un hecho por desgracia olvidado: no hay ningún condenado por la muerte de Carlo Giuliani en las calles de Génova.

Una tercera apreciación importante obliga a subrayar que detrás de una misma palabra, *violencia*, se esconden significados tan diferentes como los que dan cuenta del tiro en la nuca y del apedreamiento de un escaparate. Es importante recordar que la violencia que ha cobrado cuerpo en el seno de los movimientos responde, por fortuna, a la segunda de las modalidades, y en consecuencia se ha ejercido contra las cosas y no contra las personas. Exhibe, en otras palabras, una clara dimensión simbólica y responde a las querencias de una parte de las redes que considera prioritario mostrar su rechazo del sistema y de sus reglas (otros segmentos optan, en cambio, por desplegar, sin más, solidaridad con los desfavorecidos). Es verdad que el argumento que acabamos de exponer apenas interesará a los defensores y defensoras del orden establecido. No puede ser de otra manera, habida cuenta de que a los ojos de muchos de nuestros expertos *securitarios* es lícito emplazar la propia desobediencia civil en la rúbrica general de las violencias.

Agreguemos una última apreciación, que en este caso se interesa por las manipulaciones a las que se entregan, con harta frecuencia, muchos medios de comunicación. Lo habitual en éstos es que procuren magnificar el peso de la violencia en las acciones de los movimientos³⁶ y olviden que esta última poco, o más bien nada, tiene que ver con el quehacer cotidiano de éstos.

1. Este texto procede del volumen titulado *Movimientos de resistencia frente a la globalización capitalista* (Ediciones B, Barcelona, 2005).

Notas del capítulo 3

2.. A. Damasio y K. Bastien, *Une autre mondialisation en mouvement?* (Mango, s.l., 2002), pág. 90.

3.. Véanse L. Castellina, "L'ultimo Porto Alegre. Gennaio 2003", y A. Burgio, "Due anime di Porto Alegre?", en L. Castellina, *Il cammino dei movimenti. Da Seattle a Porto Alegre 2003 ai cento milioni in piazza per la pace* (Intra Moenia, Nápoles, 2003), págs. 39 y 276.

4.. A. Morán (dir.), *El movimiento antiglobalización en su laberinto* (Catarata, Madrid, 2003), pág. 75.

5.. N. Klein, cit. en C. Antonini, *Zona gialla. Le prospettive dei Forum Sociali Italiani* (Fratelli Frilli, Génova, 2001), pág. 106.

6.. Cit. A. Callinicos, "The anti-capitalist movement after Genoa and New York", en S. Aronowitz y H. Gautney (dirs.), *Implicating empire. Globalization and resistance in the 21st century order* (Basic, Nueva York, 2003), pág. 144.

7.. Es cierto, con todo, que ATTAC muestra modulaciones muy diferentes --véase lo que ocurre en España-- y que a menudo extiende sus actividades a más menesteres que la defensa de una tasa Tobin.

8.. A.M. Medici, *La otra globalización: movimientos, redes sociales y cultura de los derechos. De la resistencia a las alternativas* (Tesis doctoral inédita, Sevilla, 2002), págs. 274-275.

9.. *Ibidem*, pág. 300.

10.. D. della Porta y H. Reiter, "Movimenti, politica e ordine pubblico: riflessioni a partire dalle manifestazioni contro il G8 a Genova", en D. della Porta y L. Mosca (dirs.), *Globalizzazione e movimenti sociali* (Manifestolibri, Roma, 2002), pág. 110-112.

11.. J. Brecher, T. Costello y B. Smith, *Come farsi un movimento globale* (DeriveApprodi, Roma, 2001), págs. 183-184.

12.. Medici, *op. cit.*, pág. 417.

13.. Cit. en Wu Ming, *Esta revolución no tiene rostro* (Acuarela, Madrid, 2002), pág. 91.

14.. *Ibidem*, pág. 92.

15.. I. Sommier, *Le renouveau des mouvements contestataires à l'heure de la mondialisation* (Flammarion, París, 2003), pág. 27.

16.. Wu Ming, *op. cit.*, pág. 186.

17.. Brecher, Costello y Smith, *op. cit.*, págs. 122-124.

18.. Medici, *op. cit.*, pág. 448.

19.. Véase I. Sommier, *Les nouveaux mouvements contestataires à l'heure de la mondialisation* (Flammarion, París, 2001), págs. 87-88.

20.. Wu Ming, *op. cit.*, pág. 91.

21.. Cit. en C. Aguiton, *Le monde nous appartient* (Plon, París, 2003), pág. 243.

- 22.. Cit. en Morán (dir.), *op. cit.*, pág. 14.
- 23.. B. Cassen, *Tout a commencé a Porto Alegre...* (Fayard, París, 2003), pág. 147.
- 24.. Wu Ming, *op. cit.*, pág. 183.
- 25.. Morán (dir.), *op. cit.*, pág. 17.
- 26.. Cit. en Damasio y Bastien, *op. cit.*, págs. 41-42.
- 27.. Cit. en N. Klein, *Fences and windows. Dispatches from the front lines of the globalization debate* (Flamingo, Londres, 2002), pág. 22.
- 28.. Cit. en N. Klein, "Como una nube de mosquitos", en G. Galdón (dir.), *Mundo, SA. Voces contra la globalización* (La tempestad, Barcelona, 2002), pág. 174.
- 29.. Réseau Intergalactique, *Génération altermondialiste. Expériences et pratiques* (Syllepse, París, 2003), pág. 77.
- 30.. P. Ceri, *Movimenti globali. La protesta nel XXI secolo* (Laterza, Bari, 2002), pág. 109.
- 31.. Sommier, *Le renouveau...*, pág. 200.
- 32.. Es verdad que, según otro estudio, nada menos que un 65% de los participantes en las movilizaciones de Génova en julio de 2001 hacía uso de Internet. Las tres cuartas partes de estas gentes participaban, a través de la red, en campañas de sensibilización. Véase A.C. Freschi, "Dalla rete delle reti al movimento dei movimenti. Gli hacker e l'altra comunicazione", en Della Porta y Mosca (dirs.), *op. cit.*, pág. 49.
- 33.. B. Wright, "Internet organizing", en M. Prokosch y L. Raymond (dirs.), *The global activist's manual* (Thunder's Mouth, Nueva York, 2002), pág. 246.
- 34.. Ceri, *op. cit.*, pág. 104.
- 35.. Wu Ming, *op. cit.*, pág. 121.
- 36.. Sobre la magnificación mediática de la violencia véase Ceri, *op. cit.*, págs. 74-76.